
Creemos en la civilización del amor

Los desafíos de nuestro tiempo

Los desafíos de nuestro tiempo: el movimiento migratorio del campo a la ciudad, el influjo de los medios de comunicación social con sus nuevos modelos de cultura, la legítima aspiración de promoción de la mujer, el advenimiento de la sociedad industrial, las ideologías materialistas, el problema de la injusticia y de la violencia.

Discurso a los intelectuales y al mundo universitario. Seminario. Medellín. (05-07-86).

Hacia una civilización del amor

Se trata de una sociedad donde la laboriosidad, la honestidad, el espíritu de participación en todos los órdenes y niveles, la actuación de la justicia y la caridad, sean una realidad.

Una sociedad que lleve el sello de los valores cristianos como el más fuerte factor de cohesión social y la mejor garantía de su futuro. Una convivencia armoniosa que elimine las barreras opuestas a la integración nacional y constituya el marco del desarrollo del país y del progreso del hombre.

Una sociedad en la que sean tutelados y preservados los derechos fundamentales de la persona, las libertades civiles y los derechos sociales, con plena libertad y responsabilidad y en la que todos se emulen en el noble servicio del país, realizando así su vocación humana y cristiana. Emulación que debe proyectarse en servicio de los más pobres y necesitados, en los campos y en las ciudades.

Una sociedad que camine en un ambiente de paz, de concordia, en la que la violencia y el terrorismo no extiendan su trágico y macabro imperio y las injusticias y desigualdades no lleven a la desesperación a importantes sectores de la población y les induzcan a comportamientos que desgarran el tejido social.

Un país en el que la juventud y la niñez puedan formarse en una atmósfera limpia, en la que el alma noble de Colombia, iluminada por el Evangelio, pueda brillar en todo su esplendor.

Hacia todo esto, que podemos llamar civilización del amor (Cf Puebla 8), han de converger más y más vuestras miradas y propósitos.

Discurso a dirigentes. Casa de Nariño.
Bogotá. (01-07-86).

Los obstáculos a la civilización del amor

Para realizar esta nueva civilización, os encontráis con graves obstáculos, no fáciles de superar, pero que no deben desanimaros en vuestras tareas. Unos provienen del exterior y otros se originan dentro de vuestra misma sociedad.

Entre los primeros habría que mencionar la grave crisis económica por la que está atravesando el mundo en estos últimos años y que se ha cebado especialmente en los países menos afortunados. Las dificultades de los países más desarrollados les han llevado, para resolver sus propios problemas, a medidas que han hecho más crítica aún la situación de los no tan prósperos, incrementando y agravando sus problemas. En repetidas ocasiones la Iglesia ha abogado por la búsqueda y consolidación de una unidad entre los pueblos, de una comunidad internacional, en la que las naciones sean respetadas en su identidad y diversidad y ayudadas solidariamente para el logro del bien común. La cuestión social ha adquirido las dimensiones del mundo, en el cual las relaciones de justicia y solidaridad entre los pueblos ricos y pobres constituyen una prioridad. Sigue, en toda su vigencia, la urgencia de un desarrollo integral, de "todo el hombre y de todos los hombres" (Populorum Progressio, 14).

Los pueblos pobres no pueden pagar costos sociales intolerables, sacrificando el derecho al desarrollo, que les resulta esquivo, mientras otros pueblos gozan de opulencia. El diálogo entre los pueblos es indispensable para llegar a acuerdos equitativos, en los que no todo quede sujeto a una economía ferreamente tributaria de las leyes económicas, sin alma y sin criterios morales. Aquí se inscribe la urgencia de la solidaridad internacional, que tiene hoy especial incidencia en el problema de la deuda exterior, que agobia a América Latina, y a otros países del mundo.

Otra serie de obstáculos provienen de la misma sociedad. Algunos no dependen totalmente de vuestra voluntad y su superación requerirá tiempo y esfuerzo, como las insuficiencias de las infraestructuras económicas, la escasez de medios de financiación y de tecnología avanzada, la debilidad del mercado interior. Pero hay también obstáculos que son imputables a la responsabilidad de los ciudadanos y que pueden y deben ser corregidos lo antes posible. Sé que ellos son objeto de vuestra preocupación y que constituyen a la vez retos a la creatividad y a la búsqueda de soluciones. Entre estos factores que dificultan el desarrollo se encuentra la violencia, la inseguridad, el contrabando, la injusta distribución de las riquezas, las actividades económicas ilícitas y además, según se indica, el traslado masivo de capitales al exterior, que son indispensables dentro del país.

Una de las consecuencias de este cúmulo de dificultades es el fenómeno del desempleo, que toca el eje del problema social por el derecho al trabajo y la eminente dignidad del mismo, como lo he expresado con mayor amplitud en mi Encíclica *Laborem Exercens*. Sois conscientes de las dificultades de una sana política de empleo en las presentes circunstancias económicas, pero también sabéis que la creación de nuevos puestos de trabajo y un nivel de salario equitativo, es algo primordial para garantizar el futuro y evitar males ingentes en las familias desprotegidas y en el concierto nacional.

Discurso a dirigentes. Casa de Nariño.
Bogotá. (01-07-86).

El espectro de la violencia

En abierto contraste con la civilización del amor, aparece con características importantes el espectro de la violencia que deja sentir su secuela de dolor y muerte en tantas partes del mundo. Asistimos, no sin pensar, a los reiterados ataques a la paz desde las más variadas formas de violencia, cuya expresión extrema y nefasta es el terrorismo, que tiene su raíz en factores políticos y económicos, que se agravan por la interferencia de ideologías, de

poderes foráneos y, no pocas veces, por la quiebra de los valores morales fundamentales.

Discurso a dirigentes. Casa de Nariño.
Bogotá. (01-07-86).

La familia y la civilización del amor

A la página de Caná podríamos considerarla como una gramática indispensable, en la que encontrais resumido en pocas líneas el evangelio de los esposos: Cristo os ha bendecido y desea que seais felices. Cristo y su Madre esperan de todo matrimonio que sea manifestación de esa gloria divina que acompaña a los nacidos de Dios.

Así es, amadísimos esposos colombianos. Con la bendición de Cristo, en vuestros hogares, desde su "comienzo", estais llamados a dilatar la morada del mismo Dios. Este es vuestro Evangelio; esta es vuestra ennoblecedora misión, la cual, responsablemente asumida y santificada por el sacramento, os asemeja a la unión de Cristo y su Iglesia. Así lo dice, usando expresiones certeras, San Pablo: "Por eso dejará el hombre a su padre y a su madre, se unirá a su mujer y serán los dos un solo ser (Gen 2,24). Grande misterio es éste, lo digo respecto a Cristo y a la Iglesia" (Ef 5,31).

"Haced lo que el os diga". Este suave toque de atención de María sea motivo de aliento para los matrimonios colombianos. Ella, madre de los creyentes, quiere persuadiros a que abrais sin vacilar las puertas de vuestra mente y de vuestro corazón al hábito definitivo de Cristo y su Evangelio. La bendición divina inicial, será fecunda verdad, si vosotros, refrendais la alianza de vuestra unión sacramental con un servicio auténtico, de por vida, a la comunión con Dios.

A impulsos del aliento salvífico de esta bendición, los hombres son llamados a hacer de su vida en la tierra un servicio a la civilización del amor, como nos ha dicho hoy San Pablo; "ceñíos al amor muto, que es el cinturón perfecto" (cf. Col 3,14).

Santa Misa y Coronación de la Virgen.
Estadio de la Unidad Deportiva Panamericana. Cali. (04-07-86).

La cultura y la civilización del amor

La cultura, en efecto, como tuve oportunidad de indicar hace algunos años en mi visita a la UNESCO, debe llevar al hombre a

su realización plena en su trascendencia sobre las cosas; ha de impedir que se disuelva en el materialismo de cualquier índole y en el consumismo, o que sea destruido por una ciencia y una tecnología al servicio de la codicia y de la violencia de poderes opresivos, enemigos del hombre. Es necesario que los hombres y mujeres de cultura estén dotados no solo de comprobada verdad de sus principios y de la conformidad de sus actos con esos principios" (Disc. a la UNESCO, 8-VI-80, n. 11).

Discurso a los intelectuales y al mundo universitario. Seminario. Medellín. (05-07-86).

Identidad cultural

En este noble cometido de defensa y promoción del hombre integral, vosotros prestais un servicio a la toma de conciencia y a la profundización de la identidad cultural de vuestro pueblo. La identidad cultural es un concepto dinámico y crítico: es un proceso en el cual se recrea en el momento presente un patrimonio pasado y se proyecta hacia el futuro, para que sea asimilado por las nuevas generaciones. De este modo se asegura la identidad y el progreso de un grupo social.

Discurso a los intelectuales y al mundo universitario. Seminario. Medellín. (05-07-86).

La cultura latinoamericana

La cultura, exigencia típicamente humana, es uno de los elementos fundamentales que constituyen la identidad de un pueblo. Aquí hunde sus raíces su voluntad de ser como tal. Ella es la expresión completa de su realidad vital y la abarca en su totalidad: valores, estructuras, personas. Por ello la evangelización de la cultura es la forma más radical, global y profunda de evangelizar un pueblo. Hay valores típicos que caracterizan a la cultura latinoamericana, cuáles son, entre otros, el anhelo de cambio, la conciencia de la propia dignidad social y política; los esfuerzos de organización comunitaria, sobre todo en los sectores populares, el creciente interés y respeto de la originalidad de las culturas indígenas, la potencialidad económica para hacer frente a las situaciones de extrema pobreza, las grandes dotes de humanidad que se manifiestan, sobre todo en la disponibilidad para acoger a las personas, para compartir aquello que se tiene y para ser solidarios en la desgracia. (cf. Puebla, 1721). Apoyándose sobre estos valores indudables se pueden afrontar. Los desafíos de nuestro tiempo: el movimiento migratorio del campo a la ciudad, el influjo de los medios de comunicación social

con sus nuevos modelos de cultura, la legítima aspiración de promoción de la mujer, el advenimiento de la sociedad industrial, las ideologías materialistas, el problema de la injusticia y de la violencia.

Discurso a los intelectuales y al mundo universitario. Seminario. Medellín. (05-07-86).

La educación al servicio de la identidad cultural

En este contexto del servicio a la identidad cultural de vuestro pueblo, no está fuera de lugar recordaros que “la educación es una actividad humana en el orden de la cultura” (Puebla 1024); no solo por ser “la primera y esencial tarea” de ésta (Disc. a la UNESCO n. 11), sino también porque la educación juega un papel activo, crítico y enriquecedor de la cultura misma. La Universidad, por ser un lugar eminente de educación en todos sus componentes —personas, ideas, instituciones— puede proporcionar una contribución que va más allá de la pura conciencia de la identidad cultural nacional y popular. La educación, como tal, impartida por ella, puede ofrecer una profundización y un enriquecimiento de la cultura misma del país.

Discurso a los intelectuales y al mundo universitario. Seminario. Medellín. (05-07-86).

Fe y cultura

La cultura supone y exige una “visión integral del hombre” entendido en la totalidad de sus capacidades morales y espirituales, en la plenitud de su vocación. Aquí es donde radica el nexo profundo, “la relación orgánica y constitutiva”, que une entre sí a la fe cristiana y a la cultura humana (Disc. a la UNESCO, n. 9): la fe ofrece la visión profunda del hombre que la cultura necesita; más aún, solamente ella puede proporcionar a la cultura su último y radical fundamento. En la fe cristiana la cultura puede encontrar alimento e inspiración definitiva.

Pero la conexión entre fe y cultura actúa también en dirección inversa. La fe no es una entidad etérea y externa a la historia, que, en un acto de pura liberalidad, ofrezca su luz a la cultura, quedándose indiferente ante ella. Al contrario, la fe se vive en la realidad concreta y toma cuerpo en ella y a través de ella. “La síntesis entre cultura y fe no es sólo una exigencia de la cultura, sino también de la fe... Una fe que no se hace cultura es una fe no acogida plenamente; no pensada por entero, no fielmente vivida” (Disc. a la UNESCO,

n. 9). La fe compromete al hombre en la totalidad de su ser y de sus aspiraciones. Una fe que se situase al margen de lo humano, y, por tanto, de la cultura, sería una fe infiel a la plenitud de cuanto la palabra de Dios manifiesta y revela, una fe decapitada, más aún, una fe en proceso de autodisolución. La fe, aún cuando trascienda la cultura y por el hecho mismo de trascenderla y revelar el destino divino y eterno del hombre, crea y genera cultura.

Discurso a los intelectuales y al mundo universitario. Seminario. Medellín. (05-07-86).